

Borges, el memorioso: un homenaje al maestro

Lo recuerdo (yo no tengo derecho a pronunciar ese verbo sagrado, sólo un hombre en la tierra tuvo derecho y ese hombre ha muerto) con una profunda rosa en la mano, viéndola como nadie la ha visto, sin verla. Lo recuerdo, la cara taciturna y singularmente remota, detrás de unos ojos gastados. Recuerdo (creo) sus manos afiladas en la penumbra glacial. Recuerdo cerca de esas manos un libro, con alguna inscripción en una lengua que no pude descifrar. Recuerdo claramente su voz; la voz lejana, pausada, algo monótona del sabio porteño, sin los silbidos italianos de ahora. Más de tres veces no lo vi; la última, en 1926. Me parece muy feliz el proyecto de que todos aquellos que lo trataron escriban sobre él; mi testimonio será acaso el más breve y sin duda el más pobre, pero no el menos imparcial del volumen que editarán ustedes. Mi deplorable condición de uruguayo me impedirá incurrir en la milonga, género obligatorio en la Argentina, cuando el tema es un argentino. Literato, cajetilla, oriental; Borges no dijo esas injuriosas palabras, pero de un modo suficiente me consta que yo representaba para él esas desventuras. Mi primer recuerdo de Borges es muy perspicuo. Lo veo en una clara noche de marzo o febrero de 1999. Mi padre, ese año, me había llevado a conocer Buenos Aires, ciudad de lejanos parientes. Yo volvía con un primo, Ireneo Laureano Funes, de trajinar tugurios en el barrio Sur. Volvíamos recitando tangos, a pie, por calles ignoradas; el efecto del alcohol en nuestro andar era notable. Con la conciencia repentina de la noche y el barrio, apuramos el paso. Al llegar a la esquina nos topamos con un muchacho que deambulaba como buscando su camino entre tinieblas. Funes lo reconoció y le gritó, imprevisiblemente: «¿Qué horas son, Jorge Luis?» Sin consultar su reloj, sin detenerse, el otro respondió: «Faltan cinco minutos y diez segundos para las tres, joven Ireneo Laureano Funes». La voz era leve, ligera, algo burlona. Yo soy tan distraído que el diálogo que acabo de re-

ferir no me hubiera llamado la atención si no lo hubiera recalado mi primo, a quien estimulaban (creo) cierto orgullo local, y el deseo de mostrarse indiferente a la réplica tripartita del otro.

Me dijo que el muchacho de la esquina era un tal Jorge Luis Borges, mentado por algunas rarezas como la de conocer extrañas lenguas y la de saber siempre la hora, como un reloj. Agregó que era hijo de una joven descendiente de argentinos y uruguayos, y gran lectora, Leonor Acevedo de Borges, y que algunos decían que su padre era un abogado ignoto, Jorge Guillermo Borges, y otros un filósofo anarquista o traductor de antiguas obras árabes. Vivía con su madre, en el barrio de Palermo.

Los años 23 y 24 veraneamos en la ciudad de Montevideo. El 25 volví a Buenos Aires. Pregunté, como es natural, por todos los conocidos, y finalmente, por el icronométrico Borges. Me contestaron que había sufrido un accidente, un golpe implacable con una ventana abierta cuyo vidrio se incrustó en su cabeza y dañó un nervio. La herida no había sido bien desinfectada y afectó su vista. Finalmente había quedado ciego, sin esperanza.

Recuerdo la impresión de extraño presagio que la noticia me produjo: la única vez que yo lo vi veníamos caminando con mi primo Ireneo Laureano y él se movía ya como un ciego en la entrenoche. Me dijeron que ahora salía muy poco, casi siempre acompañado por su madre y su bastón. En los atardeceres, permitía que lo visitara algún amigo. Llevaba la soberbia hasta el punto de simular que era benéfico el golpe que lo había fulminado. Dos veces lo vi tras los vidrios de su ventana, a la que invariablemente pedía que lo acercaran para contemplar lo incontemplable: una, inmóvil, con los ojos cerrados; otra, inmóvil también, con la expresión absorta del que abarca en una sola mirada todo el universo.

No sin alguna vanagloria yo había iniciado en

aquel tiempo el estudio metódico del viejo anglosajón. Mi valija incluía el *Códice de Exeter*, las *Suertes de los Apóstoles* de Caedmon, una historia natural escrita por el venerable Beda basada en la obra de Plinio, y el *Brut*, famoso poema de Layamon, último poeta sajón. Borges, a quien mi primo ocasionalmente visitaba, no tardó en enterarse de mi goce de esos libros anómalos. Me dirigió una carta florida y ceremoniosa, en la que recordaba nuestro encuentro, desdichadamente fugaz, del día 7 de febrero del año 24 y me solicitaba el préstamo de cualquiera de los volúmenes, acompañado de un diccionario para la buena inteligencia del texto original, porque todavía ignoro el inglés medieval. Prometía devolverlos en buen estado, casi inmediatamente. Al principio, temí naturalmente una broma. Mis primos me aseguraron que no, que eran cosas de Borges. No supe si atribuir a descaro, a ignorancia o a estupidez la idea de que el arduo inglés medieval no requería más instrumento que un diccionario; subestimando su aguda mente le mandé las *Suertes* de Caedmon y la historia natural de Beda. El 14 de febrero me telegrafiaron de Fray Bentos que volviera inmediatamente, porque mi madre no estaba nada bien. Al hacer la valija, noté que me faltaban el *Suertes* y el primer tomo de la *Historia Natural*. El *Mercurio* zarpaba al día siguiente, por la mañana; esa noche, después de cenar, me encaminé a casa



de Borges. Bajo el cielo encauzado del patio, la madre de Borges me recibió. Me dijo que Georgie —así lo llamaba ella— estaba en la pieza del fondo y que no me extrañara encontrarla a oscuras, porque Georgie sabía pasarse las horas muertas sin encender la vela. Atravesé el patio de baldosa, el corredorcito; llegué al segundo patio. Había una parra y un aljibe; la oscuridad pudo parecerme total. Oí de pronto la entrecortada y remota voz de Borges. Esa voz hablaba en anglosajón; esa voz (que venía de la tiniebla) articulaba con moroso deleite un discurso o plegaria o ensalmo. Después, en el enorme diálogo de esa noche, supe que esas palabras formaban el primer párrafo del capítulo XXIV del libro VII de la *Historia natural*. La materia de ese capítulo es la memoria.

Borges me dijo que pasara. Estaba en el sillón, inmóvil. Me parece que no le vi la cara hasta el alba; creo recordar el regusto amargo del café que compartimos. La pieza olía vagamente a humedad. Me senté; repetí la historia del telegrama y de la enfermedad de mi madre.

Arribo, ahora, al arduo centro de mi relato. Éste (bueno es que ya lo sepa el lector) no tiene otro argumento que ese diálogo de hace ya medio siglo. No trataré de reproducir sus palabras, irrecuperables ahora. Prefiero resumir con veracidad las muchas cosas que me dijo Borges. El estilo indirecto es remoto y débil; yo sé que sacrifico la eficacia de mi relato; que los lectores se imaginen los entrecortados períodos que me abrumaron esa noche. Borges empezó por enumerar, en inglés y español, los casos de memoria prodigiosa que Beda —citando a Plinio— registraba en su *Historia natural*. Con evidente buena fe se maravilló de que tales casos maravillaran. Me dijo que antes de esa tarde lluviosa en que lo golpeó la ventana, él había sido lo que son todos los cristianos: un abombado, un ciego, un triste encandilado por dos o tres sorpresas de la realidad, una memoria nimia. (Traté de recordarle su percepción exacta del tiempo, su memoria de nombres propios; no me hizo caso.) Veintiséis años había vivido como quien sueña: miraba sin ver, se olvidaba de todo, de casi todo. Al golpearse, perdió el conocimiento; cuando lo recobró, tuvo la visión prolongada de un universo colosal. Con

la infección se intensificó el fenómeno. Cuando pasó la fiebre comprobó que ya no veía los objetos como las otras personas, como lo hacía él antes. El hecho apenas le interesó. Razonó (sintió) que la ceguera era un precio mínimo. Ahora su percepción y su memoria eran infalibles. No sin algo de temor, le pregunté por su extraña visión. Me habló de un instante gigantesco en donde vio millones de actos deleitables o atroces; ninguno lo asombró tanto como el hecho de que todos ocuparan el mismo punto, sin superposición y sin transparencia. En esa visión cada cosa era infinitas cosas porque él claramente la veía desde todos los puntos del universo. Vio la rosa del negro jardín en la alta noche, vio las montañas que surgieron del agua, vio un laberinto en la piel manchada de un tigre acechante, vio al dios sin cara que hay detrás de los dioses, vio una cárcel profunda en Tzinacán, vio un cuchillo ensangrentado y en su puño las huellas indelebles de Francisco Real, vio todos y cada uno de los pelos de Beppo, vio mil noches y una de imaginación en Oriente, vio las huellas del coche que condujo a Quiroga a la muerte, vio el asombro en mi rostro, en una noche oscura hacia 1922, vio acaso todas las lenguas del mundo, con sus secretas y sombrías declinaciones, vio en las vanas copias de un espejo la imagen de un amor que nunca fue, vio todas las estrellas del universo y una única estrella en el alba de un día, vio el cuerpo exánime de Héctor en la hora postrera y el orgullo de Aquiles, vio su propia muerte en una patria lejana, y vio la extraña alianza entre las letras infinitas de la biblioteca de Babel, vio el Aleph, desde todos los puntos, vio en el Aleph la tierra, y en la tierra otra vez el Aleph y en el Aleph la tierra, vio su cara, sus vísceras, y sintió vértigo y lloró, porque sus ojos habían visto ese objeto secreto y conjetural cuyo nombre usurpan los hombres, pero que ningún hombre ha mirado: el inconcebible universo.

Me dijo: «Todo eso lo guardo en mi memoria. No necesito la vista. Más recuerdos tengo yo solo que los que habrán tenido todos los hombres desde que el mundo es mundo». La voz de Borges, desde la oscuridad, seguía hablando, mientras la recelosa claridad de la madrugada entraba por el patio de tierra.

Entonces vi la cara de la voz que toda la noche había hablado. Borges tenía veintiséis años; había nacido en 1899; me pareció inmortal como la poesía, más antiguo que el hombre, anterior a las profecías y a las pirámides. Pensé que, seguramente, habría visto y conocería de antemano; cada una de mis palabras (cada uno de mis gestos) perduraría en su implacable memoria; me entorpeció el temor de multiplicar ademanes inútiles. Nunca más lo vi.

Jorge Luis Borges murió en 1986, de un cáncer de hígado.

